

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII

San José, Costa Rica **1934** Sábado 24 de Febrero

Núm. 8

Año XV. No. 672

SUMARIO

Maria Eugenia Vaz Ferreira	Octavio Ramirez	Lunatcharsky	Ramón J. Sender
Ultimas lamentaciones de Abel Martín	Antonio Machado	Mr. Frank Tannenbaum	
Don José Comas Solá, ilustre astrónomo español	Rafael Obregón Loria	Manuel Ugarte le habla a los jóvenes de la AGELA	
Fragments de los escritos de don José Comas Solá		Más allá de Eheremburg y de 'su libro "España, República de Trabajadores"	Carlos A. D'Ascoli
Del testimonio de Valle (4)	Claudia Lars	Acerca de un farisaico y pasajero escándalo	Juan del Camino
Canción de la dulce vida	Azorin	Una página perspicaz de Pio Viquez	
El centenario de Pereda		Carta alusiva	Mario Sancho
Defensor de la cultura antigua y animador de la cultura nueva, Lunatcharsky fué trasformador			

FIGURAS DEL RECUERDO

Maria Eugenia Vaz Ferreira

Por OCTAVIO RAMIREZ

= De La Nación, Buenos Aires, =

No sé si a alguno de los muy jóvenes, de los que recién empiezan realmente a vivir y comienzan a informarse y a leer, le sonará a nuevo el nombre de María Eugenia Vaz Ferreira. No puede serlo, en cambio, para ningún espíritu, para ningún lector medianamente culto que haya pasado los treinta años. En la trilogía de las grandes poetisas uruguayas, ella, con Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, forma el pequeño grupo que aún no ha sido superado, ni aparece quien pueda acercarse, sin desentonar, a compañía tan dilecta. Es, además, la primera en el tiempo. Cuando Delmira Agustini sorprendía con el fuego carnal de sus primeros versos y Juana de Ibarbourou era una criatura, ya María Eugenia Vaz Ferreira era, en el Montevideo todavía un poco aldeano de principios del siglo, la poetisa de la ciudad. Lo era, sin ruidosa repercusión, ni apuro de publicidad. Publicaba, muy espaciadamente, en diarios y revistas, después que había leído, recitado y consultado sus versos a todas sus amistades literarias. Sus poesías se propagaban, de esta manera, por una suerte de difusión oral, indudablemente más fácil en la urbe reducida de entonces que en la ciudad más vasta de hoy. También era más estrecha la vinculación de los círculos literarios de Montevideo y Buenos Aires; y de ahí que, hace veinte años, aquí se le conociera y valorara casi tanto como en su propia tierra. Pero se le valoraba de verdad, con entusiasmo, con apasionamiento, como a un espíritu excepcionalmente selecto, que pulía sus versos con fino y exigente cincel de artista. Sé de más de un escritor argentino de aquella época que, apenas llegado a Montevideo, pedía conocer a María Eugenia Vaz Ferreira, como la poetisa que más fuertemente le había impresionado por el noble acento de su estro. Y es que su poesía tenía, ante todo, alcuña; alcuña intelectual y artística. Había, en muchos de sus versos, un caudal profundo y poco fre-



María Eugenia Vaz Ferreira

cuente en una mujer: un aliento de inquietud metafísica, una angustia de más allá, que no alcanzaba a calmar su fe profundamente cristiana; tan exaltadamente cristiana que yo la he visto levantarse en medio de una conferencia, desde la primera fila, con la natural arrogancia que ponía en todos sus actos, con una cierta ostentación, pero tan espontánea, que no resultaba afectada, porque el conferencista comentó, con frase opuesta a sus creencias, la famosa frase de Giordano Bruno sobre el crucifijo. Sus versos no eran pasionales, ni encendidos, ni mucho menos sensuales. Cuando eran de amor, oscilaban entre un puro sentimentalismo y una

inclinación heroica hacia los paladines imaginarios, seres de leyenda que ella misma se forjaba en aventuras que nunca vivió. Ese era su tipo, el que, naturalmente, hoy sólo se puede soñar. Por eso se conformó con soñar; pero ved con qué grandeza:

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.

En cuya grácil mano
se quebrante el acero,
el oro se diluya
y el bronce en que se funden las corazas,
el sólido granito de los muros,
las rocas y las piedras,
los troncos y los mármoles,
como la arcilla modelables sean.

A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
las murallas amengüen,
se nivelen los pozos,
las columnas se trunquen
y se abran de par en par los pórticos...

Y tenía, como producto de su época, el culto de las frases bellas y de las palabras lujosas. Quizá sus versos, analizados con un sentido actual, puedan incurrir un poco en ese defecto: la acumulación de palabras, el exceso de ropaje verbal, vistiendo, un poco cargadamente, a las ideas. Pero son versos admirablemente cincelados, por un artista que no sentía, desde luego, los pequeños problemas humanos, los sentimientos corrientes, al alcance de todos, sino que buscaba elevarse en temas más vastos, más generales, más perdurables; y que huía, sobre todo, de la vulgaridad, en el fondo y en la forma, de la vulgaridad que la aterraba, que la sublevaba, como la más repugnante cara del mundo.

De ahí que su vida fuera precisamente eso: un constante afán de escapar a la vulgaridad. Y de ahí que esta poetisa tan noble en su estro, tan elevada en sus temas, fuera, personalmente, la mu-

jer más original que he conocido. Hay quien sostiene que de los escritores, como de todos los grandes artistas, no interesa, y hasta no debe llegar a la luz fuerte de la publicidad, más que su obra. Yo creo, por el contrario, que su vida siempre es interesante, siempre ayuda a proyectar, sobre esa obra, una luz que contribuye a analizarla, a situarla, a valorarla más exactamente, con el conocimiento de todos los rasgos personales, grandes y pequeños, de las virtudes y hasta de los defectos, que, en el talento que produce, suelen ser también virtudes que ayudan a crear y plasman, con más propio sello, la obra que queda. Y bien: María Eugenia Vaz Ferreira fué, en su vida, la mujer más original que he conocido. En realidad, toda su vida no fué más que la lucha constante, el contraste violento, entre su espíritu de diapason heroico y el ritmo aquietado y el panorama chato de la existencia que, por fuerza, tuvo que llevar. Era de familia del mejor origen, pero pobre; tuvo que trabajar para ganarse la vida; y de ahí ya el primer contraste violento que debía sentir todos los días, al levantarse en la mañana para dictar sus cátedras. Dictó cátedras sin tener la menor afición a la enseñanza; desempeñó un cargo administrativo, una función de oficina, siendo, como podréis imaginar, la negación del espíritu oficinesco. Cuando se fundó en Montevideo la Universidad de Mujeres, que correspondería aquí a un Colegio Nacional de Señoritas, pidió un puesto, considerando que su país, que no le había dado nada, a pesar de que había celebrado rendidamente sus versos, era lo menos que podía darle. Esto, planteado así, no es un razonamiento mío; fué la forma en que lo planteó ella, considerando que lo que ella pedía no era una dádiva que se le otorgaba, sino una obligación que hacía tiempo tenía el país pendiente con ella; y así entiendo que lo argumentó, con la altivez característica de todos sus actos, al presentarse a pedir, a reclamar el puesto. Se le nombró secretaria y además se le dieron las cátedras de literatura correspondientes a los diversos cursos de enseñanza secundaria. En su puesto administrativo se condujo con una gracia de niño travieso. No recuerdo que se haya llevado bien con ninguna de las decanas que pasaron por el cargo mientras desempeñaba teóricamente su puesto. No sé, ni quiero entrar en los motivos de las desavenencias, que además sería molesto y no conduciría a nada. Sólo quiero recordar un episodio que parecerá increíble a los que no la conocieron, pero que tal vez no vacilarán en creer los que la conocieron en su ingeniosa originalidad. Llegó un momento en que las relaciones entre decana y secretaria fueron tan tirantes que aquella le quitó toda intervención en el trabajo administrativo. Entonces se le presentó un caso de conciencia, gravísimo caso de conciencia en una persona que tenía un sentido agudo del honor, una exaltación

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

de otra época: ¿cómo podía, honestamente, cobrar el sueldo sin trabajar? Y para hacer algo, para demostrarse a ella misma que trabajaba, que no era regalado el sueldo que a fin de mes cobraba, limpiaba los bronce de todas las puertas, ante las miradas absortas de sus discípulas. Parecerá inventado; pero yo os aseguro que es verdad.

En la cátedra, nunca he visto un espíritu menos pedagógico, más contrario, más desdeñoso de toda pedagogía. Puedo asegurarlo, porque la he conocido muy de cerca, por una vieja vinculación de familia y porque, en los últimos años, me tocó alguna vez integrar con ella la misma mesa examinadora. Comenzaba por profesar esta máxima, tan bella como antipedagógica: el estudiante que expone su lección tal cual la ha estudiado en el texto, es un ser sin inteligencia, sin reacción personal, que no merece que se le considere, ni que se le otorgue una alta clasificación; en cambio, el que no ha estudiado, pero que en un momento oportuno coloca una frase feliz, una observación justa, algo que demuestre una reacción personal de la inteligencia, ese es el que vale y el que ha de ser acreedor a una clasificación máxima. De acuerdo con este criterio, dictaba las clases y tomaba los exámenes; y agregaba a ello una ostentación de ignorancia que nunca he podido saber si

era real o exagerada. El caso es que declaraba, y lo declaraba delante de sus discípulas, que no había leído, ni pensaba leer nunca, las tres cuartas partes de los autores contenidos en el programa. Tenía en realidad, cierta cultura, pero, desde luego, más moderna que clásica; y con una marcada inclinación francesa, cuyos poetas románticos sabía de memoria, y entre los que admiraba, no sólo en su obra, sino también en la decorativa melancolía de su vida, a Alfred de Musset. Yo le he oído declarar que nunca había podido leer más de dos páginas de Lucrecio porque lo encontraba insoportablemente aburrido, y a una niña, que ostentaba ufana la copiosa lectura de un autor, decirle en pleno examen, con su expresión más sorprendida: "¿Y usted lo ha leído? Pues yo no". Es que esta mujer que hacía tan bellos versos tenía un culto mayor por la vida que por los libros. Amaba la vida, que ella no pudo vivir, con cierto entusiasmo panteísta, con una delectación estética, buscando en todo un espectáculo de belleza. Había dos atributos que, en el corte heroico de su espíritu, estaban por encima de todo: la belleza en las mujeres y el valor en los hombres. Y recuerdo una vez, tomando un examen, ella, que no era bonita y que ostentaba sobre todo, un exagerado desaliño, aunque tenía unos grandes ojos negros, vagos y lejanos, decirme ante una muchacha de rara belleza, que no sabía absolutamente nada: "Pero mire; ¿qué cara tiene! ¿Cómo usted, que es hombre, va a reprobar a una muchacha tan bonita?". Y la muchacha pasó su examen porque nos sonreía con una cara preciosa.

Y era, sobre todo, María Eugenia Vaz Ferreira, de una distinción espiritual, una delicadeza de sentimientos, un culto por las actitudes gallardas y un desprecio por todo rasgo pequeño, que se pintan, con insuperable elocuencia, en la anécdota que hace poco me recordaba un escritor argentino—aunque él no era el protagonista—y que yo ya conocía. Una noche había salido a dar un

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

paseó en automóvil con un amigo y, al volver, lo había invitado a que entrara a tomar té en su casa. Lo hacía con toda naturalidad, con su corrección proverbial, que le permitió decir, sabiendo toda la ciudad que era cierto, en su estupendo verso, que es como un testamento:

Y he de volver a ti, tierra propicia,
con la ofrenda vital inmaculada...

Llegaron. Ella abrió la puerta invitándolo a entrar. El sacó dinero para pagar, preguntó el precio del viaje; luego, quizá porque le parecía excesivo, se inclinó para mirar cuánto marcaba el taxímetro. Y, al incorporarse, ya la poetisa le tendía la mano despidiéndolo. —“Pero ¿cómo? ¿No me había invitado usted a entrar en su casa?”—“¡Ah! Sí; pero ahora no; ya no; he cambiado de idea”. Y le tendió la mano y le cerró la puerta, porque la conversación de un hombre que había cometido esa pequeñez, que había tenido esa actitud tan poco gallarda, ya no le interesaba.

Así era, personalmente extraordinaria, esta mujer que fué, en el tiempo, la primera gran poetisa que tuvo el Uruguay. Su obra, que siguió el curso contradictorio de toda su vida, tuvo también este detalle singular: permaneció casi inédita; mientras ella vivió, nunca, a pesar de que no murió mayormente joven, se decidió a publicar un libro, no obstante la vehemencia con que la instaban a hacerlo sus amistades y sus admiradores. Sólo se publicaron poesías dispersas, y muy espaciadamente, en diarios y revistas. Cuando la muerte la sorprendió, lo estaba preparando; y apareció luego, compilado por la solicitud fraternal de Carlos Vaz Ferreira, otra figura extraordinaria en su talento y extraña en su intimidad, el filósofo que todos los argentinos cultos conocéis. El libro se titula *La isla de los cánticos* y es un poco desigual, como tiene que serlo conteniendo poesías separadas, en su inspiración y en su corte, por más de veinte años. Pero contiene algunos versos de excepcional jerarquía, destinados a perdurar, entre los que extraigo el que transcribo a continuación, titulado “El regreso”, como su aliento más poderoso, como su muestra más suntuosa:

He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.
He de volver a ti gloriosamente,
triste de orgullos arduos e infecundos,
con la ofrenda vital inmaculada.
No sé, cuando labraste el signo mío,
el crisol armonioso de tus gestas
donde estaba...
donde la proporción de tus designios...
Tú me brotaste fantásticamente
con la quietud de la serena sombra
y el trágico fulgor de las borrascas...
Tú me brotaste caprichosamente
alguna vez en que se confundieron
tus potencias en una sola ráfaga...
Y no tengo camino.
Mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio;

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **“Selecta”**

No hay nada más agradable
ni más delicioso.

Es un producto “Traube”

la voluntad incierta se deshace
para tornasolar la fantasía;
con luz y sombra, con silencio y canto,
el miraje interior dora sus prismas:
mientras que siento desgranarse afuera
con llanto musical los surtidores,
siento cruzar los extendidos brazos
que hacia el materno tronco se repliegan;
temor, fatiga, solitaria angustia,
y en un perpetuo afán contradictorio
mis pasos van por la salvaje selva.
¡Ah, si pudiera desatar un día
la unidad integral que me aprisiona!
Tirar los ojos con los astros quietos

de un lago azul en la nocturna onda...
Tirar la boca muda entre los cálices
cuyo ferviente aroma sin destino
disipa el viento en sus alas flotantes.
Darle el último adiós
al insondable enigma del deseo,
cerrar el pensamiento atormentado
y dejarlo dormir un largo sueño
sin clave y sin fulgor de redenciones...
Alguna vez me llamarás de nuevo
y he de volver a ti, tierra propicia,
con la ofrenda vital inmaculada,
en su sayal mortuorio toda envuelta
como en una bandera libertaria.

Ultimas lamentaciones de Abel Martín

= Envío de P. H. U. Buenos Aires. “¡Qué maravilla!”, nos dice. =

Hoy, con la primavera,
soñé que un fino cuerpo me seguía
cual dócil sombra. Era
mi cuerpo juvenil, el que subía
detres en tres peldaños la escalera.
—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
trocaba el hondo espejo
por agría luz sobre un rincón de osario).

—¿Tú conmigo, rapaz?

—Contigo, viejo.

Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero;
tibias palomas en la piedra fría,
en el cielo de añil rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia
volví a soñar con túnicas de aurora,
firme en el arco tenso la saeta
del mañana, la vista aterradora
de la llama prendida en la espoleta
de su granada.

¡Oh Tiempo, oh Todavía
preñado de inminencias!
Tú me acompañas en la senda fría,
tejedor de esperanzas e impacencias!

¡El tiempo y sus banderas desplegadas!
(¿Yo capitán? Mas yo no voy contigo).
¡Hacia lejanas torres soleadas
el perdurable asalto por castigo!

Hoy, como un día, en la ancha mar violeta
hunde el sueño su pétrea escalinata,
y hace camino la infantil goleta,
y le salta el delfín de bronce y plata.
La hazaña y la aventura
cercando un corazón entelerido...
Montes de piedra dura

—eco y eco—mi voz han repetido.
¡Oh, descansar en el azul del día
como descansa el águila en el viento,
sobre la sierra fría,
segura de sus alas y su aliento!

La augusta confianza
a tí, Naturaleza, y paz te pido;
mi tregua de temor y de esperanza,
un grano de alegría, un mar de olvido...

Antonio Machado

(De *Mediodía*, revista sevillana)

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se
curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice
el distinguido Doctor Peña
Murrieta, que

“presta grandes servicios a tra-
tamientos dirigidos severa y
científicamente”